

# Evocaciones en torno a Héctor y Andrómaca

## Un matrimonio patrimonio de la humanidad

*Antonio Herrero Serrano, L.C.*

*Licenciado en filosofía y profesor de humanidades clásicas.*

*IN MEMORIAM*

*P. PAVLI LÓPEZ MARTÍNEZ, L.C. (1937-2022),*

*QVI HOMERI POEMATVM HVMANIORES VIRTUTES*

*NOS EDOCVIT ET ILLVSTRAVIT*

### 1. Homero habló en un telediario... Y en griego

**H**ace algunas décadas, Homero nos habló en un telediario. En griego y con voz de mujer, para sorpresa común. Sí, el añoso poeta abandonó su lejanía de cerca de veintiocho siglos y se convirtió en mediático unos instantes.

Era el 14 de junio de 1986. Había muerto Jorge Luis Borges. Su esposa, María Kodama, argentina de origen griego, ataba en dos hexámetros lo que había sido para ella su marido. Y los citaba y recitaba en griego: «Tú eres para mí el padre y la venerable madre, el hermano y el floreciente marido»<sup>1</sup>. Homero, el ciego poeta, hablaba en la voz femenina de la esposa de quien también era poeta y literato. María compartía su bella lengua con el viejo rapsoda. Importaba poco que la zanja de más de dos milenios y la natural evolución de la lengua griega alteraran sin duda el acento original del aedo.

Otra nota asociaba aún a María con el poeta de las grandes epopeyas griegas: la ceguera de su recién fallecido esposo. María Kodama tomaba en préstamo las palabras de Andrómaca dirigidas a Héctor, su esposo, en la despedida ante las puertas Esceas de la muralla de Troya. Dos versos que son el resumen del matrimonio ejemplar de la *Iliada*: Héctor y Andrómaca. En la *Odisea*, la pareja centrípeta de toda la acción son Ulises y Penélope; pero estas líneas quieren, más bien, evocar el matrimonio de Troya, monumento vivo del amor matrimonial que da calor y ternura a los cantos VI y XXII, en medio de la epopeya sangrienta de Ilión.

<sup>1</sup> HOMERO, *Iliada* VI,429-430. De ahora en adelante se citarán solo el canto y los versos, sin repetir el título.

## 2. El encuentro junto a las Puertas Esceas

La batalla en torno a las murallas se recrudece. Héctor está resuelto a lanzarse al combate. El celo valeroso por su patria es explosivo: «Mi ánimo me incita a socorrer a los troyanos»<sup>2</sup>. Pero su temple no le lleva a olvidarse de la familia. Tiene que despedirse de su esposa y de su hijo, a como dé lugar. No los halla en palacio. Se dirige fuera de la ciudad y, al llegar a las Puertas Esceas, se encuentra a Andrómaca y al pequeño Astianacte —*Rey de la ciudad*—, su hijo. Héctor lo llamaba Escamandrio. Encuentro emotivo, patético. Sentimientos y presentimientos tejen el escenario. Andrómaca trata, corazón en la mano, de convencerle de que no se lance al combate. ¿Los motivos? El hijo común, infante aún, y ella, que ya se siente viuda. Viudez que será soledad total, pues no tiene ya ni padre ni madre; ni hermanos: a los siete los mató Aquiles. Héctor concentra y supera todos esos amores para ella: «Héctor, tú eres para mí el padre y la venerable madre, el hermano y el floreciente marido». La conclusión de su patética exhortación: «Compadécete y quédate aquí sobre la torre. No dejes huérfano al niño y viuda a tu mujer»<sup>3</sup>.

Héctor está a unos pasos de una vidriosa disyuntiva: el amor y defensa de la patria o la fidelidad y el amor a su esposa y a su hijo. La primera posibilidad del dilema le va a traer, casi seguro, la muerte. Para la intuición femenina de Andrómaca, eso es ya un hecho, pues conoce de sobra el amor patrio y el pundonor de su cónyuge, como también la fiereza incontenible de Aquiles. La segunda le retendrá junto a sus seres queridos, pero a costa de la pérdida, casi segura, de Ilión. La *pietas* (εὐσέβεια) para con la patria, frente a la *pietas* hacia la familia. Héctor reconoce que a él también le atormenta el dolor de su esposa, superior al de Hécuba y Príamo porque, también para él, su esposa es ya más que sus padres, incluso ahora que todavía viven. Forcejeo mutuo de las dos fuerzas del aprieto. La *pietas*, de lejanía y amplio recorrido, como veneración hacia la patria, enfrentada a la *pietas*, intensa igualmente, pero de cercanías, que le incita a quedarse en las cómodas paredes de su hogar. Héctor resuelve el conflicto desgarrador de valores a favor de la patria, invocando la ayuda de los dioses para él y los suyos, sobre todo para su hijito.

Llama la atención la perspectiva de miras, masculina o femenina, de cara al destino: lo que para Héctor es valentía (θυμός) racional, que defiende a Ilión como valor primero, es para Andrómaca furia, ira (μένος) instintiva y destructora, pues prefiere la patria a ella y a Astianacte. Idiosincrasia del hombre, más frío y sereno al juzgar en momentos de tur-

<sup>2</sup> VI, 361-362.

<sup>3</sup> VI, 431-432.

bulencia, diferente de la sensibilidad femenina, más apegada a lo que afecta inmediatamente. Héctor es consciente de lo que se le vendrá a Andrómaca, su esposa, y adelanta incluso el futuro plomizo de ella como viuda. Acepta ahora el mismo presentimiento de Andrómaca. Si ella le acaba de suplicar: «No dejes viuda a tu mujer», él mismo se aventura a recorrer el telón de lo por venir, para visualizarla a ella como viuda. Así el dolor mutuo se hace más dramático: ella, esclava, tejiendo telas para otra mujer o trayendo agua de la fuente, entre comentarios infamantes e irónicos: «¡Ahí va la mujer de Héctor, que era el mejor de los troyanos en el combate!»<sup>4</sup>. El corazón de Héctor se desgarrar y se horroriza ante la visión de ese cuadro: «Se renovará el dolor, al verte privada del hombre que apartaría de ti el día de la esclavitud. Pero que a mi cadáver lo cubra la tierra, antes que escuchar tus gritos y saber que te arrastran»<sup>5</sup>. Futuro descarnado y lacerante el de su esposa, tanto más por cuanto el presente es aún lo opuesto. Héctor ha preferido, sin embargo, no bosquejar el porvenir de su Escamandrio, a quien Andrómaca ha antevisto como huérfano, a la vez que ha pedido a su esposo —como ya sabemos— que no lo vaya a dejar en tal condición.

### 3. De la tensión al humor

Escena intensísima, con el amor mutuo de los esposos elevado al máximo voltaje, si cabe usar esa metáfora. Homero advierte esa alta tensión que él ha generado en la escena y quiere amortiguarla. Andrómaca es delicada esposa, pero, a la vez, ternísima madre. Junto a ella está siempre la nodriza con el hijo. El poeta elige un detalle simpático: el niño se atemoriza ante la armadura de su padre, sobre todo ante el yelmo y su ondulante cresta. Es la manera por la que Homero hace entrar a la criatura en el drama del escenario. Él, que no puede proferir palabra —es *νήπιος*, *in-fans*—, ve aterrorizado el atuendo insólito de su padre e, implícitamente, el presentimiento de algo malo: su entrada en la batalla. Con esa mueca o llanto de terror, el infante acaba de «hablar» a su modo. Su discurso, sin palabras, ha sido el del horror a la vista de su padre en aquella traza. Es el mismo discurso de temor y temblor que su madre sí ha proferido, de hecho, ante su esposo. El espanto de Astianacte, tan acorde con los sentimientos de su madre, revienta y se traduce ahora para el padre y la madre en una sonrisa: «Sonrieron el querido padre y la veneranda madre»<sup>6</sup>. El miedo del niño y el refugiarse en el regazo de la nodriza a la vista del padre, sobre todo por el penacho del morrión,

<sup>4</sup> VI, 460-461.

<sup>5</sup> VI, 462-465.

<sup>6</sup> VI, 471.

rompen las tensiones de sus padres. La sonrisa amortigua lo trepidante del momento.

Homero ha sabido encontrar en ella el bálsamo que da un respiro psicológico al patetismo de la escena. La catadura terrorífica de Héctor parece haberse aminorado ahora para el niño e incluso para Andrómaca. El *terror* ha cedido a la *ternura*, y el *espanto* a la *simpatía*. El hijo es en ese instante el eje y la unión más acendrada del matrimonio, atemperador también del doloroso torrente sentimental de los jóvenes esposos. Además, Héctor, despojado ya de su casco por mandato ingenuo y tácito de su hijo, está en condiciones de rezar a la divinidad. El soberbio caudillo troyano se convierte ahora en devoto y humilde súbdito de los dioses, sin la altanería del escalofriante yelmo y de su penacho aterrador. El mismo infante, que ha forzado graciosamente a su padre a quitarse el casco para no asustarle, acaba de lograr que esa circunstancia le presente ante Zeus de manera adecuada: con la cabeza descubierta de todo suplicante. Ahí está Héctor, domador de caballos, abajado ante Zeus y los otros dioses. Ahí, sencillo, puede entrar en oración y suplicar en favor propio y de su Escamandrio: «Zeus y los otros dioses, conceded que también este hijo mío sea, como yo, esforzado entre los troyanos [...]; y que, al verlo regresar del combate, alguien diga entonces: “Es mucho más valeroso que su padre”»<sup>7</sup>. El encuentro, que inició como familiar, termina como religioso, pero siempre lleno de afecto.

Homero nos ha conducido por una escala de valores bien jerarquizada. Y lo ha hecho casi sin darnos cuenta: sobre la *pietas* de la familia, ha situado en Héctor el amor a la patria<sup>8</sup>; y a la *pietas* hacia Ilión se sobrepone, en el héroe, la εὐσέβεια para con Zeus y los otros dioses. En el ánimo de Héctor, el valor –la ἀρετή– ha desembocado, ascensionalmente, en la εὐσέβεια; se ha fundido con ella, fortaleciéndose mutuamente. Es verdad lo que le ha dicho su esposa: tiene mucho valor y arrojo –*virtus*, que dirían luego los latinos–, incluso algún asomo de ira, al menos así lo ha percibido la sensibilidad femenina. Pero ese valor busca lo mejor. Porque no es valentía bruta, sino ἀρετή, escala hasta el último peldaño, pues la ἀρετή busca lo mejor (ἄριστον), la perfección, incluso más depuradamente que la *virtus* de los latinos.

<sup>7</sup> VI, 476-480.

<sup>8</sup> Este amor a la patria, que es en Héctor superior incluso al amor a la familia, puede explicarse e ilustrarse muy bien con estas líneas de Marco Tulio Cicerón: «Cari sunt parentes, cari liberi, propinqui, familiares, sed omnes omnium caritates patria una complexa est» (*De officiis*, I, 57).

#### 4. ¿Héctor o Aquiles?

Cuando estudiábamos en el aula del centro de humanidades las tramas homéricas para el acto público –o academia– del curso 1973-74, y también décadas más tarde, al releer a Homero, nos atraía más Héctor que el mismo Aquiles. Al guerrero de Ilión lo sentíamos muy humano y cercano. Será porque el héroe aqueo es casi pura y ruda ἀνδρεία (*virtus*), aparte de que su origen híbrido, mitad divino, mitad humano, nos lo aleja de la orilla de los mortales. De audacia indiscutible, pero arisco y resentido, hasta con rabietas de adolescente. Rara vez<sup>9</sup> deja de manifiesto la otra cara de la ἀρετή: la bondad, la compasión. En efecto, la ἀρετή entraña valentía y humanidad, a partes iguales y bien trabadas. Por el contrario, Héctor es aguerrido, pero muy sensible ante su esposa y su hijo, y posee un ardor que busca lo mejor, la excelencia (ἀρετή). Con esto, su personalidad, su *humanitas*, es más completa que la de Aquiles.

Al final, la ἀνδρεία de Aquiles dará muerte a la ἀρετή de Héctor pero, de cara al espíritu humano, Héctor –al menos así lo sentíamos en aquellos años juveniles– triunfa sobre Aquiles. Éste, entonces el superhombre del momento en la fantasía de los niños y también en la mente de los adultos, hacía que dos mundos, el griego y el troyano, giraran en torno a él, a su ira y a su necesaria victoria. Aun así, Aquiles no llegó a esa completa *humanitas* de Héctor; tal vez por ser hijo «mestizo»: de una diosa y de un hombre, y por no acabar de llenar ni los genes divinos ni los humanos que bullían en su sangre. Un semidiós, de acuerdo; pero menos humano, por eso mismo. Héctor, hijo solo de humanos, sí que alcanzó el grado más alto de humanidad. Es un gran héroe lleno de valentía: «Aprendí a ser valiente siempre y a luchar entre los primeros troyanos»<sup>10</sup>. Pero no es de talla extraterrestre.

Es verdad que en esa vertiente humana de Héctor influye, sin duda, la coloración peculiar y el comprensible «prejuicio afectivo» con que Homero lo va dibujando y moviendo en los avatares de la epopeya. El poeta, que probablemente nació en el Asia Menor, región de Ilión, inclina la balanza del relato, casi sin quererlo, hacia su héroe patrio.

Las Puertas Esceas y las murallas de Troya son un remanso de paz y de ternura en medio del fragor de una guerra ya larga. Un escenario convulso, tan poco favorable para la intimidad, Homero se ha dado traza para conver-

<sup>9</sup> Posiblemente con motivo de la muerte de su amigo Patroclo que tanto dolor y lamentos le causa (cf. XVIII, 70-93; 98-106; 316-342) y en el diálogo con Príamo (cf. XXIV, 506-526), que le solicita el cadáver de su hijo Héctor, al tiempo que su ancianidad y pesares recuerdan al héroe vencedor los de Peleo, su padre.

<sup>10</sup> VI, 444-445.

tirlo en el más adecuado para el adiós. Allí se va a despedir este conocido matrimonio, patrimonio de la humanidad. Más aún, una epopeya que comenzó con la palabra *ira* (μῆνιν), para condensar la obra en torno a la furia de Aquiles, se ve aquí suspendida en esta cala de apacible *afecto* y hasta de contenido *humor*.

## 5. Actualidad de un adiós de hace más de dos milenios

También es propiedad de la humanidad, desgraciadamente, la circunstancia particular de ese encuentro: la guerra. ¡Cuántas veces se habrá repetido, en el curso de la historia, una despedida así entre esposos, cuando el clarín ha llamado a los hombres a entrar en el combate! Me encontré con las páginas de Homero en los años setenta. El pasaje evocado y los lamentos posteriores a la muerte de Héctor los traducíamos —o, para ser más sincero, nos devanábamos la cabeza por lograrlo— y los comentábamos, bajo la guía de nuestro profesor de griego, el afanoso padre Pablo López, experimentado helenista, fallecido hace unas semanas. La mencionada academia de ese curso fue precisamente sobre varios personajes de la *Iliada*. Los presentábamos y estudiábamos unos jovencitos. Pues bien, en esos momentos en que seguíamos los trabajos y penalidades del joven matrimonio homérico junto a la muralla, la guerra de Vietnam (1955-1975) estaba en lo más candente y decisivo. Llevaba ya cobrando vidas casi el doble de años del decenio que duró la de Troya. Era noticia casi diaria. En ella se repetía una y otra vez la escena de la despedida homérica: esposas vietnamitas, del norte o del sur, y esposas estadounidenses a miles de kilómetros despedían a sus maridos que iban a combatir; novias que a duras penas podían desprenderse de sus prometidos cuando iban al frente a defender lo que la patria exigía, fuera o no atinado. Y nosotros, estudiantes celosos de las humanidades clásicas, pensábamos cómo los sentimientos humanos tejen y cosen al instante escenarios y siglos tan diferentes: los homéricos y los nuestros. Ésa es la ventura políglota y pluritemporal de las obras y de los autores perennes como Homero. Por desgracia e insospechadamente, en este año 2022 estamos reviviendo desgarradores abrazos y duelos parecidos de esposos, de padres y de hijos, con la situación bélica desatada en Ucrania.

Hace tiempo llegó a mi ordenador un artículo del escritor Arturo Pérez Reverte. Se titulaba *El adiós de Héctor*. La evocación que trazaba el escritor ha impulsado ésta mía, que va ya adelantada. El hoy novelista y miembro de la Real Academia de la Lengua Española, tradujo a Homero en el colegio, hace cincuenta años. *O tempora, o mores!*, cabe exclamationar en favor de los bachilleratos de aquellos años en la tierra de este novelista! Él, joven carta-

genero, era «ignorante, todavía —confiesa—, de que no demasiado tiempo después iba a ver a Héctor despedirse de Andrómaca en la vida real. Y no una, sino muchas veces».

Reverte fue, décadas más tarde, corresponsal de televisión en varias guerras. Lo seguíamos en los telediarios con los tiroteos zumbando a sus espaldas. Vio arder Beirut y Sarajevo: «Reconocí en ellas, sin dificultad, las llamas de Troya». Aludiendo a las obras de los autores clásicos que poblaron su bachillerato, concluye así sus recuerdos: «En cierto modo, todo eso lo había visto ya. Lo había leído. Estaba, en cierto modo, preparado para comprenderlo y asumirlo. Para extraer lecciones prácticas de vida, rentabilizándolo en una mirada sobre el mundo y sobre mí mismo. Y es con todo eso, con la mirada que tales libros y vida me dejaron, con lo que ahora escribo novelas. Con lo que hoy hablo de Héctor despidiéndose de Andrómaca». Reverte, educado por los clásicos.

El novelista no habla, en sus remembranzas, de los lamentos desgarradores de las viudas al recibir la noticia de la muerte de sus esposos. Pero claro que se dieron en la guerra de Vietnam, en la de Sarajevo, o en cualquier otra guerra, como en la actual de Ucrania. El cartero llega a una casa, un día ordinario en que la señora está en las tareas domésticas. Toca la aldaba o el timbre, sale una mujer. «¿Vive aquí la señora... , esposa del soldado...?». De aquel lado, el presentimiento hecho realidad. De éste, un saludo cortés, pero serio. Luego, una carta, un paquete, acompañados de un «Lo siento; esto es lo que se pudo recoger de él y son los recuerdos para usted y su familia». A continuación, lágrimas que rompen poco a poco y terminan en llanto inconsolable y en desgarramiento del alma. O, con alguna variación del tema, se avisa de la llegada del féretro, envuelto en la bandera nacional, y se notifica la hora de la ceremonia —eso sí, muy solemne— para rendir al hijo caído por la patria los honores oficiales. También, sollozos, gemidos, no sofocados siquiera por los himnos del solemne acto. Varias películas han repetido escenas como éstas, pero la realidad es más recia y áspera.

## 6. *El lamento de una viuda*

A Andrómaca le sucedió antes. Hace cerca de tres mil años. Un cuadro costumbrista del gineceo —estancias femeninas— del palacio real de Troya: Andrómaca está al telar; las criadas preparan el agua caliente para el baño de Héctor al regresar del combate. Allí, donde ahora está, es donde la quería su esposo: en las ocupaciones domésticas propias de la mujer, no en preocupaciones de batallas, deber de los varones. Ésa fue la orden que le dejó al despedirse: «Ve a casa, dedícate a tus labores: el telar y la rueca, y ordena a

tus sirvientas ponerse a trabajar. La guerra, en cambio, es tarea de todos los varones nacidos en Ilión; sobre todo, mía»<sup>11</sup>. Ánimo valiente e hidalgo el de Héctor.

De pronto, un gemido traspasa las puertas de palacio: para la esposa de Héctor, traducido en un barrunto trágico. Quiere conocer lo que ha ocasionado el grito. Como una loca, estallándole el corazón<sup>12</sup>, se lanza fuera de casa, hacia la torre. Y, ante la realidad, el presentimiento es, de pronto, conocimiento y, simultáneamente, desvanecimiento por tanto dolor. Recuperada, prorrumpe en un largo lamento. Homero urde esa elegía<sup>13</sup> con los tonos más oscuros y los pesares más intensos que deja en la boca de Andrómaca. Llorá ésta su suerte venidera, cuando empieza a notar, mucho más que ahora, la privación física de Héctor, aunque vaya a estar siempre con él en la mente y en el corazón. Nacidos en lugares distintos: Héctor, en Troya; Andrómaca, en Tebas. Ya antes la princesa ha recordado su Tebas natal, en el encuentro de las Puertas Esceas<sup>14</sup>. Origen diferente, pero el mismo destino (ἴη ἄσση): dolores y pesares mutuos, penar de ella tras la muerte de Héctor. El lugar de este sufrimiento variará también, como el del nacimiento: las mansiones del Hades serán ahora la morada de Héctor, mientras que ella tornará, sí, al palacio, pero, ¡ay!, viuda. Por esto, los aposentos conocidos serán para ella un latigazo más en su tormento.

Ni siquiera les unirá ya físicamente Astianacte. A este lo recuerda dos veces su madre en el lamento, no sin ironía, para traer a la mente la dicha del infante hasta el presente. Por la admiración hacia Héctor, los troyanos pronunciaban con respeto el nombre *Astianacte* —Rey de la ciudad— dado a su hijo. Pero, de ahora en adelante, lo gritarán con ironía y en son de mofa<sup>15</sup>, pues ha quedado huérfano. Si en el canto VI, Homero hacía que Héctor rasgara el telón del futuro de Andrómaca, ahora induce a la esposa a descender el velo del futuro del ya huérfano Astianacte: «No dejes huérfano al niño», había implorado a Héctor. Y si ya entonces presentía la orfandad del hijo y sus consecuencias, ahora la describe magistralmente a golpe de datos impresionistas seleccionados y rociados luego en los versos con tintes sombríos: despedido de aquí y de allí por los antiguos amigos de su padre, que acompañan e incrementan aún más su desdén con el remoquete sarcástico: «Vete

<sup>11</sup> VI, 490-493.

<sup>12</sup> Cf. XXII, 460-461.

<sup>13</sup> Cf. XXII, 477-514.

<sup>14</sup> Cf. VI, 416. También poco antes Homero menciona a Tebas, cuando habla de Eetión, padre de Andrómaca, señor de Tebas Hipoplacia (cf. VI, 395-397).

<sup>15</sup> Cf. XXII, 500,506.



de aquí. Tu padre no come junto a nosotros»<sup>16</sup>. Y la reacción del huérfano, como era de esperar: «*Llorando* regresa el niño a su madre *viuda*».

Homero ha subrayado la condición de la madre, dejando lenta e intencionadamente el adjetivo (χήρην) para dar énfasis al final de un verso que ha empezado ya lúgubrementemente con el huérfano deshecho en llanto (δακρυόεις). Viuda y huérfano, desvalidos sin Héctor, su antiguo amparo y valedor. Y esa hoja del díptico que adelanta el futuro la contrapone Andrómaca, guiada por Homero, con la del pasado, lleno del cariño de su padre, y de la vida regalada de un príncipe: antes comía lo mejor de las ovejas, sobre las rodillas de su padre, y dormía en suave lecho. De todo esto, nada ya, pues se ve privado de su querido padre<sup>17</sup>. El contraste del *antes* –πρίν<sup>18</sup>– de Astianacte con su *ahora* –νῦν<sup>19</sup>– atrae mucho más al lector hacia la suerte desgraciada de Andrómaca y de su hijo, sobre todo cuando ese *ahora* suponga, casi con toda seguridad, el ultraje hasta del mismo cadáver de su querido Héctor: «Ahora, en cambio, junto a las cóncavas naves, lejos de tus padres, los gusanos que se mueven te comerán una vez que los perros se sacien»<sup>20</sup>.

Con estos recursos descriptivos, con el cambio brusco de escenarios –del gineceo del palacio real al campo de batalla...–, Homero parece a veces un cineasta *ante litteram*. Además, con la antítesis, favorecida por la rima consonante, de los dos citados adverbios griegos, Homero logra la *com-pasión* de los que están viviendo el momento: la viuda, el huérfano, las criadas, que escuchan a su ama deshecha en llanto. Y –¿por qué no?–, hasta el mismo Homero parece vibrar con la tragedia que relata y consigue sumergir en ese cosmos doliente al atento lector; no importa el siglo en que éste viva. Impresiona que cuando Héctor y Andrómaca se despiden –rapsodia VI–, ella solo anticipa su más que posible futuro y el del hijo, pidiendo a Héctor: «No dejes huérfano a tu hijo, ni viuda a tu mujer»<sup>21</sup>. Pero no concreta ella pormenores de esos tiempos aciagos que pueden llegarles. En ese momento ha sido solo Héctor quien ha columbrado y traído del futuro los pormenores humillantes de la viudez de su esposa.

Dieciséis cantos después del coloquio junto a las puertas de la muralla –en la realidad cronológica, cuatro o cinco días más tarde–, es Andrómaca,

<sup>16</sup> Cf. XXII, 498.

<sup>17</sup> Cf. XXII, 505.

<sup>18</sup> Cf. XXII, 500.

<sup>19</sup> Andrómaca recalca el adverbio de tiempo y lo repite: cf. XXII, 505,508.

<sup>20</sup> XXII, 508-510.

<sup>21</sup> VI, 432.

al contemplar el cadáver de Héctor arrastrado por los caballos de Aquiles, quien ha desentrañado los particulares, vivos y patéticos, de la orfandad de Astianacte. Momentos transidos de amor desinteresado, como el que debe reinar en toda familia, en la que se mira más al bien del otro y se sufre más por su aflicción que por la propia. A Héctor, en el coloquio de despedida, le inquietaba la suerte de Andrómaca y del hijo mutuo, no la suya propia; a Andrómaca, muerto Héctor, le acongojan no tanto sus penas de viuda cuanto las desgracias que tenga que vivir desde ahora Astianacte.

## 7. Poema de batallas y de amores

La *Ilíada*, poema de iras y de batallas sangrientas, pero también canto al amor de los esposos. Se ha dicho que la *Odisea* es, en cambio, el poema de la paz, de la civilización, tras la ira y la desolación de la *Ilíada* y de la posterior caída de Troya. Se ha señalado que incluso es más humanística que la *Ilíada*, y ya desde la primera palabra: ἄνδρα. Se ha puesto de relieve, así mismo, que la *Odisea* es un gran poema al amor humano, mantenido fielmente en medio de mil trabas y trabajos<sup>22</sup>, si bien con unas características de fidelidad no del todo similares a las que nosotros esperamos para un matrimonio auténtico. Pero también la *Ilíada*, como se ha evocado, es una oda y una loa al amor humano, sobre todo en los cantos VI y XXII. La sensibilidad y belleza líricas de esos dos episodios apuntados superan los cuadros familiares de la *Odisea*. El registro de Homero es rico y variado: de lo más aguerrido y encarnizado de una guerra, se desliza suavemente a la lírica más tierna y cordial.

## 8. El educador de Grecia y de Occidente

«Tú eres para mí el padre y la venerable madre, el hermano y el floreciente marido»: síntesis y lección del amor matrimonial dibujado por la mano del poeta. Andrómaca no pudo definir mejor el amor de esposa. Y Héctor, en la despedida de las Puertas Esceas, repite ese mismo amor: Andrómaca lo es todo para él, más que su padre Príamo y que Hécuba su madre. Héctor, Andrómaca y Astianacte: un triángulo de amor familiar que solo la muerte de Héctor dejará convertido en ángulo –la viuda y el huérfano–; ángulo abierto

<sup>22</sup> *Trabajos*: en el sentido de *penalidades* y *adversidades* que tenía en el castellano de siglos pasados. Recordemos el título de la última obra de Miguel de Cervantes (1547-1616): *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, publicada póstumamente en 1617. Novela bizantina o helenística que, como las del género, guarda en su construcción y acumulación de sucesos un parecido con la *Odisea*.

al dolor y a la afrenta, aunque con el recuerdo ejemplar de la vida del esposo y del padre. Ese recuerdo noble y agradecido recupera de nuevo, al menos espiritual y afectivamente, el triángulo familiar.

Esas palabras de Andrómaca quizá nos recuerdan otras, mucho más añejas, pronunciadas por un hombre, el primero de la historia humana, y repetidas por el segundo Adán: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán uno»<sup>23</sup>. Efectivamente, no distan excesivamente, aunque en versión masculina, de las de Andrómaca. Héctor ante Andrómaca, o —¿qué sé yo?— Jorge Luis Borges ante María Kodama, podrían haberlas personalizado: «Tú lo eres todo para mí, y tú y yo somos uno. Por ti he dejado a mi padre y a mi madre».

Al final de estas evocaciones hilvanadas al calor de la *Iliada*, se queda uno con que todo lo ha tocado y armonizado bellamente el estro y la musa del poeta. *El poeta*: así, sin más, llamaba Aristóteles a Homero<sup>24</sup>. Y su maestro, Platón, hizo presente una idea que refleja a su tiempo: «Homero educó a Grecia»<sup>25</sup>. Pero hay que completar esa sentencia: Grecia, luego, educó a Roma. Roma, al alimón con Atenas —o con Grecia—, troqueló el espíritu de Europa. Por lo que la frase de Platón, con mayor aliento de historia, equivale a decir que Homero educó a Occidente. El cristianismo corrigió posteriormente los graves errores en que incurrió el paganismo, pero aprovechó también los valores del mundo grecorromano, como el de la unión del hombre y de la mujer en matrimonio.

En esta vieja Europa, el arte de Homero forjó dos matrimonios como el de Héctor-Andrómaca, con su hijo Astianacte, y Odiseo-Penélope, con Telémaco como fruto de su amor. Luego otros literatos continuaron el surco de la grandeza —y limitaciones también— del amor humano, con parejas de novios o de esposos legendarios: Calixto-Melibea, Romeo-Julieta, Don Quijote-Dulcinea, Renzo-Lucía... Pero a Fernando de Rojas, a William Shakespeare, a Miguel de Cervantes, a Alessandro Manzoni... los educó Homero.

Hoy el matrimonio, incluso el cristiano, atraviesa momentos azarosos. Lo sabemos y lo vemos perplejos. Lanzar una mirada evocadora a los versos homéricos y, en particular, a la pareja de Héctor y Andrómaca, es recuperar el ánimo y palpar la belleza, el amor desinteresado y el imprescindible romanticismo de esta institución natural.

<sup>23</sup> Gn 2,24. Cf. Mt 19,5.

<sup>24</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Retórica*, 1,7,1365a13.

<sup>25</sup> Τὴν Ἑλλάδα ὁ Ὅμηρος πεπαίδευκεν (PLATÓN, *República*, 606e).